



M. T. Podestá

En el hospital

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

En el hospital

El hospital de hombres era una especie de ciudad de enfermos. Tenía sus callejones anchos, espaciosos, rodeados de filas de corpulentas acacias, que proyectaban grandes manchones de sombra sobre los cuartujos de los practicantes; una serie de patios como plazas, algunos con dibujos y laberintos de jardín, otros incultos, abandonados, donde crecía a su antojo la hierba, que era segada de vez en cuando, por uno de los locos, que tenía el triple oficio de jardinero, peón de cocina y mandadero.

Era un resto arruinado de la época colonial, un antiguo convento de padres Belermitas, que sostenían con limosnas aquel recinto de caridad, y en donde se refugiaban enfermos y convalecientes, para compartir con los santos varones los beneficios espirituales y corporales de la casa.

La gran puerta de entrada, maciza, claveteada, con el corte señorial de una morada suntuosa; enseguida, el vestíbulo amplio, sombrío, pintarrajeado con figurones que no decían nada y que, sin las inscripciones emblemáticas que tenían al pie, habrían pasado inadvertidos; una serie de puertecitas de convento a ambos lados, y después, las salas de los enfermos, formando grandes cuadras unidas por uno de sus cantos.

Respiraba por todos los ámbitos un ambiente antiguo, rancio; los sillones de baqueta, labrada groseramente, los escritorios de la oficina del ecónomo, el gran péndulo, que se ostentaba como una obra de arte y un recuerdo histórico de la época de la Reconquista, que se cuidaba como un objeto precioso en la sala de administración; era un reloj de mesa, con pie de alabastro y mármol negro, en el que se había fijado una chapa de oro, que llevaba grabada una dedicatoria de los oficiales ingleses heridos y prisioneros, y a quienes los padres Belermitas habían asistido prodigándoles todo género de atenciones; un dístico latino completaba el pensamiento de gratitud de nuestros enemigos de entonces.

Describir en detalle el resto del hospital, sería hacer la historia de las miserias y de los dolores que se encerraban en su cuatro paredes. Aquello era pobre, desaseado, antihigiénico, inculto.

De noche, era imponente, lúgubre, pavoroso; los grandes patios que servían de salas a los enfermos, estaban envueltos en sombras siniestras, y la escasa luz de algunos mecheros de gas, les daba un aspecto fantástico; los locos vagaban por los canteros del jardín, moviéndose lentamente, cabizbajos, hablando solos o dando gritos como aullidos de un animal extraño; hubieran hecho retroceder al más despreocupado.

En los meses de invierno, nublados, tristes, aquella soledad, aquel silencio, tenían algo de cementerio. Los árboles desnudos, mostrando el esqueleto de sus ramas secas, heladas; uno que otro enfermo que se atrevía a cruzar rápidamente aquel descampado y las hermanas de caridad, con sus gorras blancas, como gaviotas con las alas abiertas, que atravesaban el jardín para ir a rezar a su capilla, la monotonía de los toques de la campana de llamada y los repiques descompasados de las de la torre de San Telmo, la aparición de algún practicante malhumorado, y tiritando de frío, que estaba de guardia y acudía al llamamiento; esta repetición sucesiva de las mismas cosas, de los mismos toques, del mismo ambiente, de los

mismos dolores; los heridos, los moribundos, las mismas impresiones, los mismos padecimientos, las mismas quejas, todo aquel conjunto triste, abrumador, para un espíritu débil y reflexivo, acababa por engendrar la nostalgia, y nos hacía desear la libertad, la calle, las horas fuera del hospital, como a los internos de los colegios que cuentan día por día y minuto por minuto la época de salida.

Había, sin embargo, cierta vanidad oculta en ser practicante interno, en vivir al lado de los enfermos, en estar a la mano con todos los sufrimientos y con todas las lacras, y por esto se veía en las puertas de las habitaciones el nombre de cada practicante, esculpido pacientemente, como un anticipo de gloria, en ese monumento en ruina, del que hoy no quedan sino los escombros.

.....
Habíamos instalado al *hombre de los imanes* en nuestra habitación; receloso y turbado, miraba de arriba abajo las paredes, los rincones, las vigas del techo, contemplando el arreglo de la vivienda, tal vez con sorpresa de verla tan desmantelada y sombría.

Tiritaba de frío y había doblado sus largas piernas para esconder debajo de la silla sus botines agujereados; con las manos cruzadas sobre las rodillas, sostenía su sombrero de copa, medio abollado y deslustrado por el uso.

Nuestro prurito era hacerle hablar, hacernos contar en detalle todos los antecedentes de la muerte; preveíamos algo de romanesco en la vida de ese personaje que se nos presentaba con la faz simpática de una pobreza heroica: la comparación y el tipo están buenos para entonces, para nuestro cerebro, impregnado en aquella época de las lamentaciones elegíacas que nos inspiraban los libros de literatura sentimental que estaban en boga.

Ahora, lo miraríamos con la indiferencia del que entra en un gabinete de vistas y a través de lentes ordinarios ve la desolación y la ruina pintarrajeadas en bastidores de papel; el egoísmo que levantan los desengaños, pone una barrera a la sensibilidad.

Se había acomodado en un sillón, dando más soltura a su cuerpo rígido como una tacuara, y después de un momento de silencio, y cuando ya se hubo familiarizado con nosotros por las atenciones que le prodigamos, nos dijo así de improviso:

-Esa muchacha no era mala, tenía muy buen corazón, pero sus pasiones la dominaban completamente; era una voluntad débil para resistir a las tendencias ardientes de su organismo; yo he luchado con ella lo que nadie podría creer, pero ni los ruegos, ni las amonestaciones, ni las amenazas, han podido desviarla de su camino torcido.

Había nacido para enfangarse, y lo ha conseguido, lo ha conseguido plenamente; reconocía el bien, sabía diferenciarlo del mal, tenía conciencia plena de sus actos, de sus afecciones; raciocinaba como un filósofo, sabía que le causarían gran daño sus caprichos, pero su voluntad era impotente para resistir, nada ha podido detenerla.

Cuando se veía subyugada, asediada por mis cariños, por mis consejos, por mis sacrificios; cuando comprendía que me había arruinado, que había tirado a la calle mi carrera, mi porvenir, mi nombre tal vez, en el fondo de su alma me agradecía todos estos sacrificios y los beneficios que podían reportarle, pero se me escapaba, huía, se pasaba los días fuera de mi casa, y volvía después, abatida, enfermiza, desgredada, con el fango hasta los ojos.

Yo quería abandonarla, echarla brutalmente de mi casa, tirarle a la cara su ingratitud, su corrupción, en fin, hacerla crujir entre mis manos como un armazón que se destroza, pero cuando me asaltaban esas ideas horribles, me creía loco, y yo mismo huía de mi habitación para rozarme con las gentes, distraerme con el ruido y ahuyentar los malos pensamientos que me asaltaban.

¿Cómo podía yo sostener un cariño indigno, fomentar una pasión entre un ser bueno como

yo y una mujer pervertida, depravada y que se complacía en jugar con mis sentimientos, con mis palabras afectuosas, con mis demostraciones de un amor inmenso, inquebrantable? Me dominaba, me dominaba como a un perro fiel con sus miradas, con las sobras de sus caricias, con sus promesas de corrección y con el cansancio que solía retenerla a mi lado una semana, un mes, hasta que, ya repuesta, sonriente, más hermosa que antes, más provocativa, más sensual y más serpiente que mujer, se escurría de mis manos. Era la fatalidad que la empujaba por la pendiente: hay seres que no pueden contenerse, que no pueden dominarse; una fuerza irresistible los lanza, adelante y van en derechura al delito; inconscientes, ciegos, irresponsables, tal vez, de sus actos, hijos de esa perturbación transitoria y frecuente que embarga su mente.

Así era esa infeliz que están destrozando en el anfiteatro.

Cámbiele el nombre, invierta el sexo, substituya una pasión por otra, colóquela en un ambiente propicio, y tendrá esa larga serie de seres anómalos, originales, depravados, delincuentes y desgraciados.

Esa mujer ha tenido sus facetas brillantes, no era todo lodo; tenía sus arranques buenos, sus días de arrepentimiento, de lágrimas, sus súplicas de perdón y sus propósitos de enmienda, esos sentimientos hacia el bien, esas tendencias fugaces de reparación, esos momentos lúcidos en los que veía por delante el abismo cada vez más ahondado, que ella misma cavaba a sus pies. Solía estremecerse y volvía hacia mí con los brazos tendidos, con los ojos azorados y llorosos, con las facciones alteradas por el miedo, y entonces me pedía protección, jurándome que no volvería a las andadas, que haría una vida ejemplar.

Ultimamente, ya no le creí; estaba muy acostumbrado a oírla en esos arranques, que en el fondo eran sinceros, y partían de la convicción profunda de que debía cambiar de rumbo, pero que se desvanecían cuando cesaba la exaltación del momento.

Esa mujer joven, toda nervios, podía haber sido artista; se apasionaba por todo lo bello, lo grande, lo heroico; había conseguido instruirla, le hacía leer los pasajes más conmovedores de los pocos libros que tengo en mi biblioteca, levantaba en su alma sentimientos puros de religiosidad hasta el misticismo; me hice poeta para tocar la cuerda sensible de su corazón de niña; le hice entrever un mundo de bellezas en la paz del hogar, en la tranquilidad de la familia; todo en vano: ni la religión, ni el arte, ni la felicidad, tenían para ella atractivos duraderos; estos sentimientos pasaban por su corazón y por su cerebro como ráfagas, sin dejar huella y sin modificar en nada la pasta maldita de que estaba hecha.

Era adorable en esos momentos de reflexiva mansedumbre, y cuando anhelaba volver sobre sus pasos para recuperar el tiempo perdido, y emplear la fuerza de voluntad de que disponía en escuchar la voz de la razón.

Pero cuando la dominaba la pasión y ella se entregaba dócil al demonio del mal, era detestable, ebria, vulgar, ladrona, impúdica, provocativa; hubiera llegado hasta manchar sus manos con sangre, si la fatalidad hubiese puesto enfrente de ella un rival o un ser cualquiera que odiase.

¡Qué cúmulo de pasiones bastardas se amontonaban como nubes siniestras en ese horizonte brillante un minuto antes! Era como si le diese el mal: me desconocía, me insultaba, me reprochaba mi pobreza, mi carrera abandonada, mi negligencia para el trabajo, la humildad de sus ropas, la estrechez de nuestros medios de vida, la existencia retraída que llevaba, y como un animal dañino que se complace en destruirlo todo, así destrozaba una por una las ilusiones que me había hecho concebir. Era implacable, ingrata, malvada, su ser se transformaba: erguida, pálida, desencajada, centelleando los ojos, los puños crispados y acercándolos con movimientos nerviosos a mi rostro, me arrojaba a la cara todas las

infamias que profería su lengua de demente. Luego, huía rápidamente, y durante una temporada; sabía que iba a envilecerse, a prostituirse, a cubrirse de raso, de joyas que desgarraba y pisoteaba cuando volvía en sí de ese raptó de aberración.

Consulté a varios médicos. Uno de ellos, amigo de la infancia, que me tenía cariño sincero y que más de una vez me había tironeado, increpándome la negligencia con que miraba mi posición, no tuvo más respuesta que la de su afecto: es loca, histérica y corrompida, échala de tu casa, y que siga su camino de perdición; tus esfuerzos son palos dados en el agua. Me trató duramente, y cuando me oyó expresar en términos bondadosos para sus veleidades y miserias, me miró azorado, con lástima, y tal vez con desprecio. -¡Qué dirán las gentes! - agregó, y me dio la espalda. Yo me encogí de hombros, y quedamos a mano.

Había abandonado por ella mi familia, mis amigos, mi carrera, todo, todo lo había sacrificado. Era un soñador; solo, desamparado, no tenía otro ser con quien vincularme: ya no me llamaba hacia esa mujer el atractivo sensual, no sentía la irritación embrutecedora de la carne; no, esa alma extraña, enferma, original, desgraciada, me tenía constantemente en jaque. Era natural que fuese mala, perversa, degradada; ¡cómo podía ser de otra manera, Si su organismo estaba conformado así!; pero yo debía salvarme: quería abandonarla y hacer un esfuerzo para volver a la superficie social, de donde había desaparecido; mi resolución venía tarde; ya no tenía aliento; caído en el fondo, pasaba oscuro, desconocido, feliz con este incógnito que me deja arrastrar tranquilamente una existencia que ya me repugna.

No sé hacer nada, no puedo ocuparme en nada; soy un hombre inútil. Una vez recogí mis libros, y mis programas de estudio, intenté dar un examen, fui a la Universidad, regularmente preparado, pero aquel recinto, lleno de juventud, de alegría, de bullicio, de savia y de porvenir, se volvía hacia mí protestando; me rechazaba como a un ingrato, como a un hijo pródigo que vuelve al hogar con hambre, pero no contrito. Todo lo encontré extraño, las caras de los compañeros me parecían más satisfechas, más alegres, más desdeñosas para mi incuria, para mi pobreza; hice esfuerzos supremos por reaccionar; mi primera impresión fue huir como un criminal, estaba humillado, confundido; hice ánimo y penetré en la sala de examen; llegó mi turno, y con toda la estupidez de un idiota, no supe qué decir ni qué contestar; salí desesperado, enfermo, abochornado; me parecía que todas las risas, que todos los rumores, que todas las pullas de los estudiantes, eran dirigidos a mí. En la puerta encontré algunos compañeros, que se sorprendieron de verme.

Quisieron detenerme, estrecharme la mano, preguntarme algo de mi vida, de mi ausencia, de mi estado miserable, que debió sorprenderlos; los esquivé con toda descortesía y enfilé la calle, como un hombre perseguido por la justicia.

Y, sin embargo, no sentía remordimiento; no me creía culpable, tenía un objetivo elevado, me había impuesto una misión, quería redimir a esa mujer a costa de mi propio sacrificio, sentía por ella amor y rabia, me había propuesto luchar con la fatalidad que me la arrebató, que la transformaba como una pasta dócil, pero al fin caí vencido; era un imposible, una fantasía superior a mis fuerzas: era enderezar una planta que crecía torcida. Un día, cuando estaba más insoportable con sus agresiones, cuando ya había agotado todos mis esfuerzos, toda mi lógica persuasiva, toda mi ternura, que en los momentos buenos la conmovía hasta hacerle llorar, y cuando llegué a persuadirme de que todos mis esfuerzos eran inútiles, y de que no harían más que agrandar la mancha que me había arrojado encima, la abandoné, con la firme resolución de no verla más.

Mi cariño por ella no había menguado. ¡Oh, cuánto hubiera pagado porque fuese buena, afectuosa, y hubiese correspondido a mi sacrificio!

Hace de esto pocos meses. La he visto en diversas circunstancias, la he seguido, la he

espiado, y he podido comprender que, si no se había corregido, había cambiado de manera de ser; pasó un mes sin que la viera, y al leer una mañana en un diario la noticia de que se había suicidado una joven, tuve la sospecha de que fuera ella, por las señas, que coincidían perfectamente: su edad, su posición y algunos otros rasgos.

La suicida -agregaba el diario, ha sido llevada moribunda al hospital de mujeres. Puse en práctica todas las diligencias posibles para verla, pero mi esfuerzo fue inútil: llegué tarde: muerta, su cadáver había sido transportado al hospital de hombres para servir a la clase de anatomía.

Mis presentimientos se realizaron; la infeliz se había suicidado, había cumplido su designio fatal, del que tantas veces la alejara mi mano que velaba sobre ella.

Muchas veces me he preguntado, qué son esos seres que, cual ella, cruzan la vida como inconscientes, que van a estrellarse contra el primer escollo, sin rumbo, sin concepto definido, sin saber a qué atenerse y sin poder deliberar lo que harán mañana; seres que dan todo lo bueno y todo lo malo con prodigalidad vituperable, que tienden la manta al caído para socorrerlo, para ayudarlo, para enjugar sus lágrimas, y con la misma mano generosa, noble, caritativa, borran los rasgos más simpáticos para hacerse culpables, odiosos, y muchas veces criminales.

En esos cerebros así conformados, hay un germen del mal en estado latente, que alcanza a atenuar la influencia social y la educación; pero que, en definitiva, hace sus estragos cuando la ocasión es propicia: falta el sentido moral, falta el equilibrio, falta en el cerebro la cámara oscura donde se reflejan las imágenes reales que dan la medida de los actos, de las deliberaciones, con la conciencia plena de las impresiones recibidas: son los ciegos morales que tropiezan a cada instante.

.....
Después de esta larga, relación, interrumpida de trecho en trecho por observaciones y recuerdos, el infeliz se levantó, nos tendió la mano, y nos dijo:

-Mi misión está concluida; yo no he podido hacer más por ella; esa mujer ha salido del caos; conocí a su familia; la recogí de la calle mezclada con barro; quise darle techo, abrigo, pan y un nombre, pero ella prefirió volver al fango de donde había salido.

Era su destino.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo